

Ocho centímetros

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuria Barrios, *Ocho centímetros*

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-8393-182-0

Depósito legal: M-1801-2015

IBIC: FYB

© Nuria Barrios, 2015

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2015

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Nuria Barrios

Ocho centímetros



ÍNDICE

Ocho centímetros	11
La palabra de Dios es extendida	39
¿Pero quién se va a querer ir con ella?	57
Danny Boy	69
Hansel y Gretel en la T4	81
Yo era un bulldozer	95
El tren Neckermann	105
Un puente de cristal	121
Limpia luz de escarcha	133
Las amigas. Una fotonovela	147
El limbo	161

*El dolor no tiene voz, pero cuando encuentra una,
comienza a contar una historia.*

Elaine SCARRY

OCHO CENTÍMETROS

DOS GITANOS COLOCABAN los bancos sobre el suelo de baldosas blancas y negras cuando la mujer y su marido entraron en la iglesia. Era una sala cuadrada sin más adorno que la tarima sobre la que se levantaba el atril del pastor. Escrito en la pared blanca, junto a una cruz de madera, se leía: CRISTO VIVE. El olor penetrante a lejía no ocultaba un leve hedor a cañerías.

El gitano más joven permaneció inclinado, sujetando el extremo de un banco, mientras el mayor se irguió para observarlos. Ella les preguntó por Yen. Hacía unos meses se había encontrado en el hospital al pastor de Caño Roto. Él le había contado que Yen había regresado de Argentina.

Los hombres intercambiaron una mirada.

–Suele venir media hora antes del culto –contestó el mayor–. Estará aquí a las ocho.

La pareja salió al inclemente sol de agosto.

–Vamos a tomar algo –dijo el marido.

En el descampado, un grupo de chavales jugaba al fútbol, jaleado por sus padres. Eran latinoamericanos.

—Antes en este barrio solo había gitanos —comentó ella.

Bajaron por la acera en sombra en busca de un bar. La mujer llevaba sandalias y notó el calor del asfalto subir por sus piernas. Algunas gitanas viejas habían sacado sillas a la puerta de sus casas y se abanicaban en silencio con la mirada perdida. Pasó un coche con los cristales tintados; por la ventanilla abierta del conductor escapaba un tunka-tunka a todo volumen.

Encontraron en un esquinazo un local tan angosto que la barra parecía pegada a la puerta de entrada. El camarero y un hombre acodado en el mostrador tenían la vista clavada en el televisor, colocado en una repisa elevada. Retransmitían un partido de fútbol y, en el aire rancio del bar, brillaban los colores distorsionados de la pantalla: el verde tropical del césped, la piel roja de los jugadores. Pidieron dos botellas de agua; el camarero se limpió con desgana las manos en un trapo mugriento antes de tender-selas. El marido compró también una cajetilla de Marlboro y salieron a la calle a esperar.

Había una mesa metálica con tazas de café vacías y trozos de pan. Ella colocó las tazas en el suelo y apartó las migas de la mesa con una servilleta de papel. No había árboles en el barrio; los edificios de ladrillo se sucedían frente a ellos como un paredón. La ropa tendida en las ventanas colgaba inerte en el calor. Un hombre joven con una camiseta negra y unos pantalones de chándal negros con grandes letras doradas entró en el bar con un pitbull sujeto por una correa muy corta.

El marido encendió un pitillo.

—Este barrio invita a delinquir —murmuró, tras exhalar el humo, que pareció quedar detenido en el aire abrasador antes de desaparecer.

Ella sonrió, mientras limpiaba la boca de la botella de plástico.

—Tenías que haber visto estas calles hace años. —Dio un sorbo y señaló uno de los bloques que había en la acera de enfrente—. La familia que vivía en el primero serró la barandilla de la terraza para colocar una escalera y los hijos subían y bajaban a la calle por ella. Y mira ahora, no hay una sola terraza que no tenga rejas.

Ya no hablaron más. Cuando faltaban diez minutos para las ocho, se levantaron y se dirigieron a la iglesia. La mujer cogió la mano de su marido, el estómago encogido por los nervios.

En un alto al final de la calle estaba el solitario edificio de ladrillo rojo con la cruz sobre el tejado de uralita a dos aguas. Había ahora numerosos coches aparcados y animados corrillos de hombres y mujeres, vestidos como si fuera domingo. Yen estaba en la puerta junto a los dos gitanos con quienes habían hablado. Aunque no llevaba el peluquín, ella lo reconoció enseguida: bajo, grueso, vestido de traje oscuro y con la Biblia negra en la mano. El mayor le dijo algo al oído y los señaló con el dedo.

—Hola, Yen, ¿te acuerdas de mí? —La mujer sonrió, ligeramente temblorosa.

Él permaneció inmóvil, con expresión severa. Cuando ella lo conoció, era uno de los líderes del movimiento evangélico gitano y el pastor de aquella iglesia de Orcasitas. Llevaba entonces un llamativo peluquín negro y un bigote espeso que le daban un aire a Charles Bronson. Ahora no solo se había quitado el peluquín, también se había afeitado

y su rostro lampiño parecía mucho más ancho. ¿Cómo era posible que no se acordara de ella? ¿Cuántas payas iban a escucharle al culto veinte años atrás? El rostro de Yen se relajó.

—¡Sí, claro que me acuerdo! ¡Julia!

Julia le presentó a su marido. Al ver a los dos hombres estrecharse las manos con cordialidad, se alegró de haber hecho caso a Marcos cuando insistió en acompañarla. Estar casada, tener una familia, era la mejor tarjeta de visita después de tantos años.

Yen les hizo pasar a un pequeño cuarto dentro de la iglesia, atestado de cajas y sillas apiladas. No tenía más luz que la bombilla desnuda que colgaba del techo. En una esquina había una mesa. Separó dos sillas y les invitó a sentarse, mientras él se acomodaba tras el tablero desportillado. Hablaron de los hijos y Yen les contó de sus nietos y del tiempo que había pasado fuera, evangelizando a los gitanos de Argentina.

—Vosotros me diréis —les dijo finalmente. Parecía el director de un colegio que, tras un cordial intercambio de saludos con los padres de un alumno, decide que ha llegado el momento de abordar el asunto que les ha llevado hasta su despacho.

Julia se irguió en el asiento, la sonrisa había desaparecido de su cara.

—Necesito pedirte un favor —y se lo contó todo.

Su sobrina estaba enganchada al crack. Lo habían descubierto en Navidades, cuando le vació el joyero a la abuela. Sus padres consiguieron que ingresara en un centro de rehabilitación, pero no había aguantado ni un mes. El novio, un yonqui con mucha calle a sus espaldas, averiguó dónde se encontraba, llegó hasta allí, se apostó fuera

del edificio y gritó su nombre hasta que ella se asomó. A la media hora estaba fuera, con él. Aquello sucedió en abril. Semanas después, llamó a sus padres para decirles que estaba en Madrid y se encontraba bien. Se reunió con ellos en un par de ocasiones: no estaba bien, nada bien, pero rechazaba volver al centro, aún no, todavía no. Les acusaba de querer separarla del novio. Su padre le dio un móvil para poder hablar con ella. Para saber que estaba viva, aunque solo fuera eso. Su madre la llamaba todos los días, hasta que ella dejó de contestar el teléfono. Acudieron a la policía para averiguar si estaba detenida por robar o por llevar droga encima, con la esperanza de localizarla, pero no estaba fichada. Desde principios del verano no sabían dónde estaba ni cómo se encontraba.

Yen escuchaba, con los codos en la mesa y la barbilla apoyada sobre las manos cruzadas.

–La droga es una desgracia muy grande –dijo con solemnidad–. A los gitanos también nos ha hecho mucho daño. Cuando entra en un hogar, a través de uno va cazando a los demás. Muchas familias acuden desesperadas a pedirnos ayuda, pero el problema es muy complicado y nos viene demasiado grande. –Yen hizo una pausa–. ¿Cuántos años tiene tu sobrina?

–Veintisiete, aunque parece una niña. Es psicóloga, ¿te lo puedes creer?

Yen enarcó las cejas.

–Si supierais la gente que está enganchada: banqueros, policías... Hasta jueces.

El sonido de una cisterna atravesó el delgado tabique.

–¿Y sus padres? –preguntó el pastor.

–Están desesperados. Ya no saben qué hacer...